

Los jardines de Kew

Virginia Woolf

Del macizo de flores ovalado surgían centenares de tallos, transformados a mitad del camino en hojas de forma de corazón o de lengua para desplegar en la cima una profusión de pétalos rojos, azules o amarillos, grandes manchas de color disseminadas sobre la superficie; de la penumbra roja, azul o amarilla de la garganta emergía una barra recta y dura a la que un polvillo dorado daba cierta aspereza, ligeramente inflamada al final. Los pétalos eran lo bastante voluminosos como para que la brisa de verano pudiera agitarlos, y cuando se movían, luces rojas, azules y amarillas pasaban una sobre otra, coloreando una pulgada de la tierra parda con una mancha húmeda del más abigarrado color. La luz caía sobre el gris y terso lomo de un guijarro, o en la superficie de un caracol con sus oscuras venas circulares, o al posarse en una gota de rocío, se expandía con tal intensidad de rojo, azul y amarillo por los delgados y líquidos muros que uno imaginaba verlos estallar y desaparecer. La gota en cambio volvió a su original gris plateado al cabo de un segundo y la luz se instaló sobre una hoja, revelando un esqueleto de fibras bajo la superficie, se movió nuevamente y desplegó su iluminación en los amplios espacios verdes bajo una cúpula formada por hojas en forma de corazón o de lengua. Después, la brisa agitó con mayor energía la parte superior, y el color relampagueó en el aire, ante los ojos de quienes paseaban en ese mes de junio por los jardines de Kew.

La silueta de esos hombres y mujeres se dispersaba, tan pronto como dejaban atrás el macizo de flores, con movimientos curiosamente irregulares, no del todo distintos a los de las blancas y azules mariposas que cruzaban el césped en vuelo zigzagueante de un macizo a otro. El hombre iba unas cuantas pulgadas delante de la mujer, vagando descuidadamente, mientras ella se movía con atención concentrada y volvía de vez en cuando la cabeza para comprobar que los niños no se alejaran demasiado. El hombre mantenía a propósito esa distancia frente a la mujer, aunque tal vez inconscientemente, pues deseaba continuar sumido en sus recuerdos.

“Hace quince años estuve aquí con Lily”, pensaba. “Nos sentamos cerca del lago y durante toda aquella cálida tarde le supliqué casarse conmigo. A nuestro alrededor revoloteaba una libélula. ¡Con qué claridad veo la libélula y un zapato con una hebilla cuadrada de plata en la punta! Mientras yo hablaba no hacía sino mirar aquel zapato y cuando lo movió impacientemente yo sabía ya de antemano, sin que fuera necesario mirarla, lo que iba a decirme: toda ella parecía estar concentrada en el zapato. Y mi amor, mi deseo, se fijaban en la libélula; por alguna razón pensé que si la libélula se detenía ahí, en una hoja, una hoja ancha con una flor roja en el centro, ella me diría ‘sí’ de inmediato. Pero la libélula volaba en torno, daba una vuelta tras otra, sin detenerse nunca... Por supuesto dijo ‘no’, felizmente ‘no’, pues de otro

Fotografías de Jorge Contreras Chacel.



modo no estaría paseando aquí con Eleanor y los niños”.

—Eleanor, ¿piensas a menudo en el pasado?

—¿Por qué me lo preguntas, Simon?

—Porque yo sí pensaba en el pasado. Recor-
dé a Lily, la mujer con quien me quise casar...
¿Por qué no hablas? ¿Te molesta que piense en
el pasado?

—¿Por qué había de molestarme, Simon? ¿Es
que no siempre recuerda uno el pasado en un
jardín con gente tendida bajo los árboles? ¿Aca-
so no son nuestro pasado, o lo que resta de él,
esos hombres y esas mujeres, los fantasmas que
yacen bajo los árboles... nuestra felicidad, nues-
tra realidad?

—Para mí son una hebilla de plata y una li-
bélula...

—Para mí, un beso. Imagínate a seis mucha-
chitas sentadas frente a sus caballetes veinte años
atrás, al lado de un lago, pintando los lirios acuá-
ticos, los primeros lirios acuáticos rojos que yo
había visto. De pronto sentí un beso en la nuca.
Durante toda la tarde mi mano tembló tanto
que no pude seguir pintando. Tomé el reloj y
me fijé una hora en la que durante cinco mi-
nutos no me permitiría pensar sino en aquel
beso... Fue tan hermoso, el beso de una anciana
de cabellos grises con una verruga en la nariz, la
madre de todos los besos de mi vida. ¡Carolina!
¡Hubert!, ¡vengan acá!

Caminaron más allá del macizo de flores, los
cuatro en la misma dirección; muy pronto su
tamaño disminuyó entre los árboles hasta hacerse
casi transparentes mientras la luz y la sombra
oscilaban a sus espaldas en grandes, irregulares
y temblorosas manchas.

En el macizo de flores ovalado, el caracol, cuya

concha se había teñido de rojo, azul y amarillo por
un lapso de dos minutos, parecía moverse muy
ligeramente, progresando sobre terrones que se
partían y pulverizaban a su paso. Parecía tener una
meta definida, a diferencia del saltarín insecto ver-
de de ásperos movimientos que intentó cruzar su
camino, esperó un segundo con las antenas trému-
las como en el acto de deliberar, y luego saltó rápi-
da y extrañamente en dirección opuesta. Pardos
acantilados sobre profundos lagos verdes en las
hondonadas, llanuras, árboles como cuchillos que
se agitaban de la raíz a la copa, redondos peñascos
grises, amplias superficies rugosas de fina y cru-
jiente textura... Todos esos obstáculos se hallaban
en el camino del caracol, interponiéndose entre
su cuerpo y su meta final. Antes de que hubiera
decidido evitar el voluminoso toldo de una hoja
seca o cruzarla directamente, los pies de unos
seres humanos se detuvieron junto al camellón.

En esa ocasión los dos eran varones. El más jo-
ven tenía una expresión de serenidad quizás poco
natural, levantaba la mirada y la fijaba intensa-
mente al frente mientras su compañero hablaba,
y cada vez que el otro hacía una pausa, volvía a
mirar al suelo, a veces abría los labios después
de un largo silencio; otras, ni siquiera los abría. El
hombre de mayor edad tenía un modo de andar
curiosamente irregular y trémulo; adelantaba
una mano y levantaba bruscamente la cabeza, a
modo de un impaciente caballo de tiro aburrido
de aguardar frente a la puerta de una casa. Pero
en aquel hombre tales ademanes eran indecisos
y sin objetivo. Hablaba casi incesantemente; son-
reía y volvía a hablar, como si su sonrisa hubiera
sido una respuesta. Hablaba de espíritus, de los
espíritus de los muertos, que, según él, aun en
ese momento le comunicaban toda clase de co-
sas extrañas sobre su experiencia en el Cielo.

—Los antiguos llamaban Tesalia al Cielo, Wi-
lliam, y ahora, con esta guerra, los espíritus se
mueven entre las colinas igual que los truenos
—hizo una pausa, pareció escuchar, sonrió, mo-
vió la cabeza y continuó—: con una pequeña
batería eléctrica, y un trozo de hule para aislar
el alambre, ¿aislar? Bueno, bueno, suprimamos
los detalles, no tiene el menor caso entrar en mi-
nucias de difícil comprensión; en fin, se coloca
la maquinita en una posición conveniente en la
cabecera de la cama, digamos, en un limpio mue-
ble de caoba. Una vez que han sido convenien-
temente tomadas todas las disposiciones por los

obreros bajo mi dirección, la viuda aplica el oído y localiza el espíritu con una señal, según lo acordado. ¡Mujeres! ¡Viudas! ¡Mujeres enlutadas!

En ese punto lo distrajo el vestido de una mujer lejana, que en la sombra parecía púrpura oscuro. Se quitó el sombrero, se llevó la mano al corazón y corrió hacia ella, murmurando y gesticulando febrilmente. Pero William lo detuvo por la manga y con la punta del bastón le mostró una flor, a fin de desviar la atención del viejo. Después de mirarla durante un momento, en medio de la mayor confusión, el anciano acercó el oído a la flor y pareció responder a una voz que provenía de ella. Habló de los bosques del Uruguay que había visitado siglos atrás en compañía de la más bella joven de Europa. Se le podía oír murmurar algo sobre selvas uruguayas cubiertas con pétalos de cera de rosas tropicales, de ruiseñores, playas marítimas, sirenas, mujeres sumergidas en el mar, mientras se dejaba conducir por William, en cuyo rostro la expresión de estoica paciencia se fue haciendo más y más evidente.

Siguiendo sus pasos, ligeramente intrigadas por los ademanes del hombre, caminaban dos ancianas de la clase media inferior, una corpulenta y pesada, la otra con mejillas sonrosadas y movimientos vivaces. Como la mayoría de la gente de su condición se sentían francamente fascinadas por cualquier signo de excentricidad que revelara una mente en desorden, sobre todo si se trataba de personas de un nivel superior; pero no podían asegurar si aquellos gestos correspondían a la excentricidad o a una locura definitiva. Después de examinar en silencio por un momento la espalda del anciano y de intercambiar una mirada furtiva de extrañeza, continuaron enérgicamente su complicadísimo diálogo:

—Nell, Bert, Lot, Cess, Phil, Pa, dijo él, yo digo, ella dijo, digo yo, sí, sí, yo digo...

—Mi Bert, Sis, Bill, el abuelo, el azúcar, azúcar, harina, harina, arenques, verduras, azúcar, azúcar, azúcar...

La mujer corpulenta contemplaba con curiosidad, a través del torrente de palabras, las flores que surgían frescas, firmes, bien plantadas en la tierra. Las veía como quien despierta de un sueño profundo y ve un candelabro que refleja la luz de un modo poco habitual, y cierra y abre los ojos, y al ver otra vez el candelabro de bronce lo mira con toda la intensidad de que es capaz y así despierta del todo. De igual modo aquella



mujer obesa se detuvo frente al camellón ovalado y dejó de fingir que escuchaba a su compañera. Permaneció allí, dejando que las palabras cayeran sobre ella, balanceando la parte superior del cuerpo hacia delante, hacia atrás, mientras contemplaba las flores. Luego sugirió que debían buscar un lugar para sentarse a tomar el té.

El caracol había considerado todos los medios posibles para alcanzar su objetivo, sin tener que dar vueltas a la hoja ni escalarla. Aparte del esfuerzo necesario para trepar a una hoja, dudaba que la tenue textura, alarmantemente crujiente al mero roce de la punta de sus cuernos, resistiera su peso, y fue eso lo que finalmente lo determinó a arrastrarse por abajo, pues había un punto donde la hoja formaba un arco bastante amplio como para admitir su paso. No bien había introducido la cabeza en la apertura, examinado el alto techo y comenzado a habituarse a la fresca luz castaña, cuando otras dos personas pasaron por el césped. Esta vez ambos eran jóvenes, un hombre y una mujer. Estaban en la primavera de la vida, o en la estación que la precede, la edad anterior a aquella en que los tersos pétalos rosados de las flores han consumido sus reservas de savia, cuando las alas de la mariposa a pesar de haberse desarrollado por completo permanecen aún inmóviles bajo el sol.

—¡Suerte que no es viernes! —comentó él.

—¿Por qué? ¿Crees en la suerte?

—Los viernes te obligan a pagar seis peniques.

—De cualquier modo, ¿qué son seis peniques?

¿Es que esto no ha valido seis peniques?

—¿Qué es “esto”? ¿A qué te refieres al decir “esto”?

—¡Oh!, a nada... quería decir... bueno, tú sabes a qué me refería.



Cada uno de esos comentarios estuvo separado por largas pausas; hablaban con voces monótonas y graves. La pareja permaneció inmóvil en el borde del macizo de flores, y juntos enterraron la punta de la sombrilla en la tierra floja. La acción y el hecho de que su mano quedara sobre la de ella expresaba sus sentimientos de un modo extraño, así como aquellas breves e insignificantes palabras también habían expresado algo, palabras de alas cortas para el pesado cuerpo de su significado, inadecuadas para volar lejos, y que por eso iluminaban torpemente los objetos comunes que los rodeaban, demasiado imponentes para su tacto inexperto; pero, ¿quién podía saber (así pensaban mientras hundían la sombrilla en la tierra) qué precipicios no se ocultarían o qué laderas de hielo no brillarían al sol en otra parte? ¿Quién podría saberlo? ¿Quién ha visto eso antes? Aunque ella se preguntaba qué clase de té les servirían en Kew, él sentía que algo se escondía tras las palabras y se erguía grande y sólido frente a ellos; y la neblina se levantó muy lentamente... ¡Oh, cielos!, ¿qué eran aquellas for-



mas?, mesitas blancas y camareras que primero la verían a ella y luego a él y habría una cuenta que él pagaría con una auténtica moneda de dos chelines, y era real, todo era real, se aseguró a sí mismo, acariciando la moneda en el bolsillo, real para todos menos para él y para ella; aunque también para él comenzaba a ser real y entonces... pero era demasiado excitante para permanecer allí y pensarlo por más tiempo, así que extrajo la contera del paraguas de la tierra con un brusco tirón y sintió impaciencia por encontrar el lugar donde uno bebe su té junto con otras personas, igual que las otras personas.

—Ven, Trissie, es hora de tomar el té.

—¿Dónde se toma el té aquí? —preguntó ella con una extraña excitación en la voz, mirando vagamente en rededor suyo y dejando que él la condujera por el sendero de pasto, sacudiendo el paraguas, volviendo aquí y allá la cabeza, olvidándose del té, deseando descender ahí y luego en aquel lugar, recordando orquídeas y grullas entre flores silvestres, una pagoda china y un pájaro de cresta carmesí. Pero él la conducía.



De este modo, una pareja tras otra con los mismos movimientos irregulares y sin objetivo, pasó al lado del camellón envuelta en capas y capas de un vapor verde azulenco en el cual, de momento, sus cuerpos tenían sustancia y una mancha de color, pero después sustancia y color se disolvían en aquel verde de la atmósfera. ¡Qué calor! Hacía tanto calor que aun el tordo prefería saltar, como un pájaro mecánico, a la sombra de las flores, con largas pausas entre un salto y el siguiente. En vez de divagar dispersamente, las blancas mariposas danzaban una sobre otra, formando con sus movibles copos blancos el diseño de una columna de mármol hecha añicos encima de las flores más altas. El tejado de vidrio del invernadero de las palmas brillaba como si fuera un mercado lleno de sombrillas verdes y resplandecientes abiertas al sol, y en el zumbido de un avión la voz del cielo estival expresaba su alma vehementemente. Amarillas y negras, rosadas y blancas como la nieve, formas de todos los colores, hombres, mujeres y niños diseminados durante un segundo sobre el horizonte y luego, al ver la amplitud del

amarillo que yacía sobre el césped titubeaban y buscaban refugio bajo los árboles, disolviéndose como gotas de agua en la atmósfera amarilla y verde delicadamente teñida de rojo y azul. Parecía como si todos los cuerpos grandes y pesados se hubieran sumergido en una cálida inmovilidad y yacieran agrupados en el suelo. Pero sus voces surgían oscilantes, como flamas pendientes de los gruesos cilindros de cera de las velas. Voces. Sí. Voces sin palabras que rompían súbitamente el silencio con una profunda felicidad, con pasión y deseo, o con frescura y sorpresa cuando se trataba de las voces de los niños. ¿Romper el silencio? Pero si no había silencio; todo el tiempo los autobuses hacían girar sus ruedas y cambiaban la marcha; como un inmenso conjunto de cajas chinas forjadas en acero, repitiendo incesantemente, una dentro de otra, los murmullos de la ciudad. Y por encima de todo las voces gritaban con estruendo y los pétalos de miríadas de flores lanzaban sus colores al aire.

TRADUCCIÓN DE SERGIO PITOL 